

Malasia 2018: El desafío electoral más impredecible de Asia

Autor: Felipe Galli

Especial para Diagnóstico Político



Al igual que muchos de sus vecinos, la nación de Malasia se caracteriza en lo político por tener un sistema de partido dominante. Sin embargo, tiene otra gran cantidad de particularidades que hacen de esta nación un país único en el mundo.

Malasia es la federación de trece estados, once ubicados en la península malaya, que limita con Tailandia, y dos en la mitad norte de la Isla de Borneo. Singapur y Brunei fueron estados de Malasia en su momento, y se separaron para formar estados independientes. Su forma de gobierno es parlamentaria, y nueve de los trece estados tienen una institución monárquica diferente (Rey, Rajá, Sultán, etc). La Federación tiene un solo jefe de estado, el Yang di-Pertuan Agong (malayo para "El que fue hecho Señor") aunque los medios internacionales suelen referirse a él como Rey. El "Rey" es uno de los nueve monarcas de los estados federados, y tiene un mandato de cinco años para el que se van turnando. Los cuatro estados sin Rey no tienen acceso a la jefatura de estado.

Al igual que el país, el partido dominante en cuestión, el Barisan Nasional (Frente Nacional) es un "partido federal". Eso quiere decir que es una coalición de 14 partidos de distintas razas del país (uno de los más diversos del mundo), con una sola ideología en común: gobierno fuerte, economía libre, islam reprimido, oposición asfixiada.

Al igual que los otros partidos dominantes del Sudeste Asiático, resulta que últimamente el BN ha comenzado a perder votos y diputados, por lo que las tácticas "sucias, pero no tanto" que usa para ganar las elecciones han comenzado a notarse públicamente.

A la crisis que experimenta el BN se suma el descontento de la población ante la situación general de esta potencia económica: con un aumento de la inflación, la corrupción y el crimen; y un crecimiento

progresivo de las voces opositoras entre los sectores medios y altos. En 2007, se fundó el Pakatan Rakyat (Pacto Popular), una coalición electoral socioliberal y progresista (aunque yo no la calificaría de izquierda). Un tiempo antes, se había establecido la Coalición Nacional por Elecciones Libres y Justas (BERISH), una ONG que comenzó a plantear exigencias claras al gobierno: registro biométrico, uso de tinta indeleble, urnas transparentes. Aunque la mayoría fueron rechazadas, se logró dar varios pasos para mejorar la transparencia de las elecciones, y además se puso en jaque al oficialismo por primera vez: cada nueva medida electoral que aceptaba era un bache en el camino, pero cada cambio que rechazaba era un golpe a su popularidad.

Esto por supuesto tuvo sus consecuencias para el gobierno. En los comicios generales de 2008, el BN perdió la mayoría legislativa de dos tercios, que conservaba desde 1974. Con estas pérdidas, aunque conservó el gobierno, el BN ya no podía modificar la constitución federal ni la ley electoral a su antojo. Además, el Pacto Popular arrebató al oficialismo la gobernación de cinco estados, cuando en aquella elección se disputaban once de las trece gobernaciones, obteniendo casi la mitad de los gobiernos regionales en juego, y logrando triunfar incluso en estados que antes eran considerados fuertemente oficialistas.

Esta elección, cuestionada por la oposición de todas formas, no solo privó al BN de su anterior mayoría calificada, sino que lo deslegitimó ante la población: nadie cuestionaba la mayoría de 198 diputados sobre 219 que obtuvo en 2004 con el 65% de los votos, pero una mayoría de 140 sobre 222 (a ocho diputados de la mayoría de dos tercios) con el 51% de los votos y una diferencia de tan solo cuatro puntos respecto a la oposición (47%), era enormemente desproporcional y dejaba al descubierto un vasto sistema de *gerrymandering* que hasta entonces no había sido cuestionado.

Lo cierto es que el continuo delineo a los distritos electorales que realizaba el gobierno se empezó a notar a partir de estas ajustadas elecciones, lo que provocó la indignación pública y una nueva decaída en la popularidad del BN.

Ante esta “casi derrota”, el gobierno malayo entró en pánico, al igual que varios de sus aliados internacionales, (Obama emitió una felicitación que sonó casi a reproche) y si bien la oposición no logró desbancar al BN, fue a partir de entonces lo suficientemente vocal como para forzar la dimisión del primer ministro Abdullah Badawi en abril de 2009, y su reemplazo por el aparentemente reformista Najib Razak.

Razak sometió al gobierno federal a un período de modernización y liberalización nunca antes visto. El mismo día que asumió, decretó la legalización de dos periódicos opositores que su predecesor había cerrado. En su primera semana ya habían sido liberados trece reclusos que Amnistía Internacional tenían bajo sospecha de ser presos políticos. A finales del primer año, ya había mandado a revisar al parlamento la ley que establecía la detención indefinida sin juicio.

Sin embargo, el liderazgo de Razak no careció de tropiezos. Al llegar al poder, intentó basar su gobierno en unir a los distintos grupos religiosos y étnicos que componen Malasia, mediante una campaña que llamó “1Malaysia” (abstenerse de hacer comparaciones con 1País, por favor). Esto le provocó dos grandes problemas: primero, fracasó, y varios grupos opositores declararon que las tensiones étnicas durante el mandato de Razak aumentaron considerablemente y privaron al BN de uno de sus dos mayores grupos de votantes, los chinos; segundo, la empresa de inversión estatal que fundó para iniciar la transformación económica, “1Malaysia Development Berhad”, fue acusada de apropiarse de cerca de 42 billones de dólares en tan solo seis años de operaciones, siendo uno de los mayores escándalos de corrupción en la historia de Malasia.

El desprestigio del BN, la pérdida de los votantes chinos y la liberalización política fueron un combo mortal para el gobierno, que finalmente en 2013 perdió las elecciones, al recibir el Pacto Popular el 50.87% de los votos contra un 47.38% del Barisan Nasional. Sin embargo, la voluntad popular chocó contra el gerrymandering, y aunque perdió diputados, el BN mantuvo la mayoría parlamentaria con 133 bancas sobre 222.

Obviamente hubo protestas, y obviamente Razak debió recurrir al Plan B: ya que la liberalización no funcionó, debió recrudecer la represión, iniciando un juicio contra el líder del Pacto Popular, Anwar Ibrahim por sodomía (homosexualidad), que allá es ilegal. Los recortes económicos que debió hacer después incrementaron la desigualdad, la inflación y, por lo tanto, el descontento.

La situación política de Malasia desde entonces es compleja. En 2015, sorpresivamente y aunque se encontraba en la cima de su popularidad por el descrédito del gobierno, el Pacto Popular se disolvió. Los motivos son simples: la coalición consistía en tres partidos, dos de centroizquierda (Partido de Acción Democrática o DAP y Partido de la Justicia Popular o PKR) y uno islámico (Partido Islámico Panmalayo o PAS). Después de ocho años, resultó imposible para los dos primeros trabajar con el PAS. El liderazgo del PAS insistió en preservar la coalición, ya que preveía que los partidarios del Pacto los verían como principales responsables de su disolución, pero fracasaron.

A pesar de la “pequeña crisis” opositora, las encuestas preelectorales le prevén al Barisan Nasional una debacle muy fuerte (entre un 35 y un 41% de los votos) y una competencia entre el PAS y el Pacto de la Esperanza (sucesor del Pacto Popular formado por el DAP y el PKR) por ver quién es la segunda fuerza (entre un 20 y un 30% de los votos). Sin embargo, suponiendo siempre que el gobierno hará las cosas de forma limpia (faltan pocos meses para las elecciones, el BN ya perdió la mayoría de dos tercios y no puede modificar la ley electoral), y que el *gerrymandering* no afectará el resultado demasiado severamente, se puede prever, aunque sin verdadera seguridad, que el BN perderá la mayoría absoluta.

Si esto sucediera, se podrían dar dos escenarios. En el primero, el PAS formará una coalición con el BN y le permitirá seguir en el gobierno. Esto ya ocurrió una vez en 1969, pero es poco probable que vuelva a pasar debido a que desde los años 70s que el PAS está totalmente en desacuerdo con el gobierno por su tendencia laica. En el segundo, los tres partidos opositores superan sus diferencias y reunifican el Pacto Popular, garantizando la primera transición de poder en la historia de Malasia.

Sea cual fuere el resultado, ninguno de los dos escenarios es fácil. En el primer caso, la permanencia del BN en el poder podría desencadenar un estallido social y la oposición se fortalecería el doble. En el segundo caso, las instituciones gubernamentales de Malasia están muy burocratizadas por las décadas de un mismo partido en el poder, y al nuevo gobierno le sería muy difícil limpiar tanta suciedad.

No queda más remedio que sentarse a ver qué ocurre el año que viene. Las elecciones pueden ser en cualquier momento antes de agosto (el parlamento tiene un mandato de cinco años, pero puede disolverse antes que eso si así se decide), y serán, con seguridad, uno de los comicios más impredecibles en la historia de Asia.

Felipe Galli es estudiante de la Licenciatura en Ciencias Políticas (UBA). Cuenta con diversas publicaciones sobre política internacional e historia electoral.